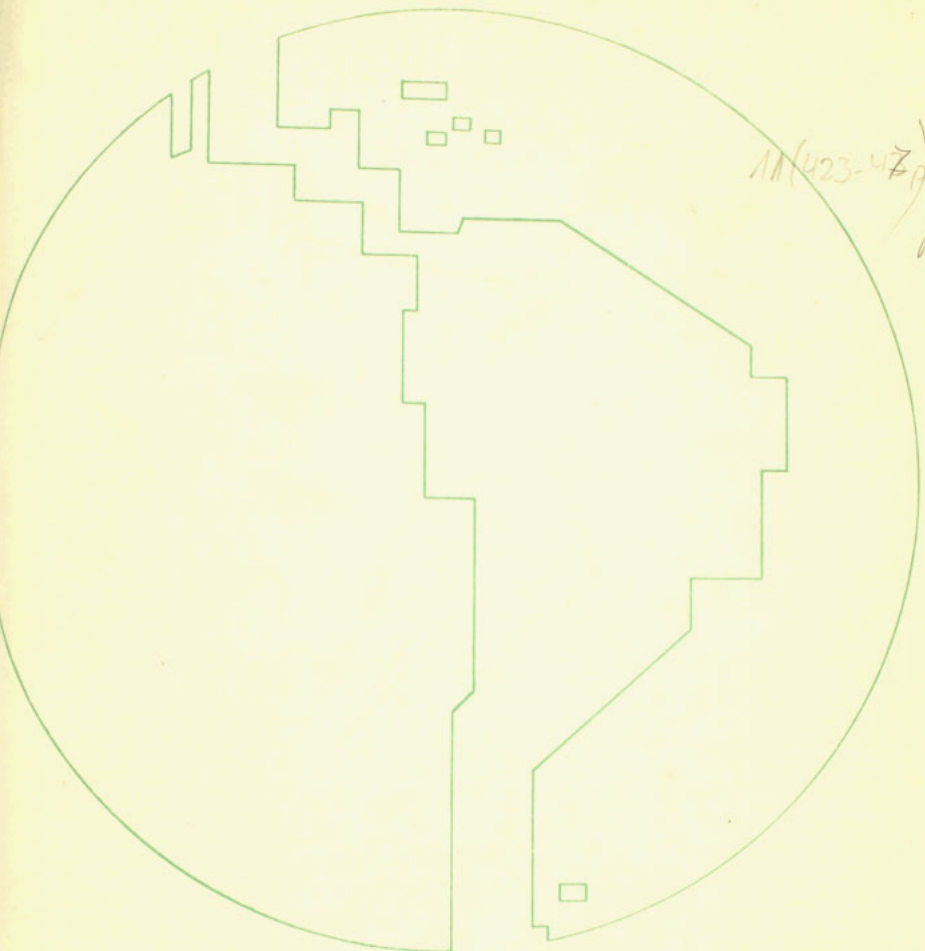




EL NEOLIBERALISMO CHILENO : LAS
FUNCIONES DEL DOGMATISMO *

Angel Flisfisch



FLACSO

FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES

DOCUMENTO DE TRABAJO
PROGRAMA FLACSO-SANTIAGO DE CHILE
NUMERO 146, Junio 1982.

11 (423-47)/p6

AA1) 5223

EL NEOLIBERALISMO CHILENO : LAS
FUNCIONES DEL DOGMATISMO *

Angel Flisfisch

* Trabajo preparado para el simposio El Estado y la Economía en América Latina, organizado por el Instituto de Investigaciones Económicas de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, a realizarse en Quito a partir del 21 de junio de 1982 con motivo del 34º período de sesiones del Comité Directivo del CLACSO.

EL NEOLIBERALISMO CHILENO: LAS
FUNCIONES DEL DOGMATISMO

Angel Vissler

Esta Serie de Documentos es editada por el Programa de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile. Las opiniones que en los documentos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de la responsabilidad exclusiva de sus autores y no refleja necesariamente los puntos de vista de la Facultad.

R E S U M E N

Uno de los rasgos comúnmente observados en la conducción tecnocrática estatal de la economía chilena, de cuño neoliberal, es su acentuado dogmatismo. El trabajo explica ese dogmatismo a partir de tres hipótesis. Primero, que la tecnocracia neoliberal persigue la creación de una nueva hegemonía social. Segundo, que ese proyecto implica un rasgo predominante de constructivismo social en la acción de esa tecnocracia. Tercero, que el dogmatismo se orienta a generar una sensibilidad negativa genérica frente al estado, que constituye, no un extravío tecnocrático, sino la expresión de una racionalidad superior de clase. Finalmente, la argumentación permite dos inferencias generales. La primera, metodológica, aconseja integrar elementos políticos e ideológicos a este tipo de análisis. La segunda, sustantiva, apunta a la problematicidad del vínculo entre estado y grupos propietarios, y obtiene de allí algunas conclusiones acerca de probables desarrollos políticos.

I. INTRODUCCION

Uno de los rasgos más sobresalientes de la historia económica chilena a partir de 1973 es el dogmatismo neoliberal que ha inspirado la política económica.

Los principios doctrinarios en que se asienta ese neoliberalismo son suficientemente conocidos : iniciativa privada, subsidiariedad de la acción estatal, automatismo de los mecanismos de mercado, apertura al exterior, etc.

A partir de esos principios, se ha configurado una política económica cuya meta primordial es la de permitir el libre juego de la economía, de modo que ésta vaya ubicándose en las distintas situaciones de equilibrio que van siendo exigidas por la evolución interna o por características de la coyuntura internacional.

Esta orientación básica de la política económica se percibe con toda nitidez en la respuesta a la recesión, que comienza a manifestarse con toda claridad a partir del segundo semestre de 1981. En diversas declaraciones oficiales, semi oficiales o provenientes del mundo académico oficialista, se subrayó que la respuesta adecuada a la recesión residía en "no hacer nada", esto es, en dejar librada la economía a sí misma de modo de alcanzar un nuevo equilibrio, ajustado a las condiciones recesivas.

Prácticamente, la política económica ha sido enteramente armónica con este postulado de no hacer nada. Salvo intervenciones puntuales, destinadas a impedir catástrofes en el sistema financiero -pánicos, pérdida de credibilidad y confianza- o al salvataje temporal de algunas empresas en falencia, no ha existido nada semejante a una política anticíclica o de reactivación coherente.

La ausencia de esa política se explica por la ortodoxia neoliberal asumida. Una y otra vez, frente a presiones diversas, se ha señalado que lo único correcto, desde un punto de vista científico, reside precisamente en evitar una intervención estatal coherente, que constituyera una política de reactivación o anticíclica.

Lo más notable es que este fenómeno se vino dando en un contexto de creciente inquietud y descontento por parte de sectores sociales que, en términos de cualquier análisis plausible, no pueden sino constituir bases principales de apoyo al gobierno : agricultores, comerciantes, empresariado industrial, pequeños y medianos empresarios transportistas, etc. Hacia mediados de abril de este año, se tenía la impresión de que el gobierno, a través de su política económica, se estaba enajenando todo apoyo social importante, e induciendo por vez primera una vasta movilización de naturaleza corporativa, que aún comenzaba a articularse con sectores sindicales.

Es cierto que ese descontento y esa movilización han culminado en la sustitución del gabinete integrado por Sergio de Castro -principal exponente de la línea neoliberal- por uno nuevo, en que ocupan posiciones destacadas militares que supuestamente son críticos de la política económica vigente. A la vez, este nuevo gabinete ha anunciado un conjunto de medidas con un claro sentido paliativo : creación de empleo, mayor competitividad para las exportaciones, gasto público en habitación. No obstante, se trata de medidas puntuales, que se producen en un contexto de reafirmación de la línea económica fundamental, de inspiración y naturaleza neoliberal. Hasta qué punto futuros acontecimientos puedan conducir a una redefinición importante, que consolide una política de reactivación de naturaleza más Keynesiana, o en qué medida las intervenciones puntuales de hoy produzcan desequilibrios -por ejemplo, en términos de déficit fiscal- que lleven progresivamente a esa redefinición y al predominio de una política de esa índole, he aquí cuestiones a las que sería prematuro responder hoy.

En todo caso, queda en pie el hecho de que el así llamado modelo chileno se ha caracterizado por una profunda rigidez o dogmatismo, probablemente vigente aún en el presente.

La faz más patente de ese dogmatismo reside en la naturaleza casi exclusivamente doctrinaria de las orientaciones

adoptadas. Muchas veces se tiene la impresión de que las políticas puestas en ejecución constituyen una simple traducción, que prescinde de toda mediación analítico-empírica, social o política, a la acción estatal de la teorización neoclásica, incluyendo en esta teorización a figuras como Friedman o Gary Becker.

En la acción de los grupos tecnocráticos oficialistas, parece estar radicalmente ausente la pregunta por el sentido de realidad de las medidas de política. En términos del sentido común tecnocrático prevaleciente, se admite que, frente a un desarrollo teórico determinado, una de las preguntas que necesariamente hay que hacer es la de hasta qué punto ese desarrollo es compatible con, o es aplicable a, la realidad nacional de que se trata. Esa pregunta el neoliberalismo no la hace. Para él, es garantía suficiente la validez formal de los teoremas y las proposiciones que pone en práctica.

Tan interesante como la anterior expresión de dogmatismo es lo que se podría llamar de obstinación doctrinaria. Otro de los rasgos del sentido común tecnocrático es admitir un grado importante de retroalimentación entre políticas y los efectos sociales, económicos y políticos de ellas. Ello implica aceptar un componente significativo de ensayo y error en toda política, y por lo tanto estar abierto a reconocer errores y a implementar las rectificaciones exigidas. Obvia-

mente, la evaluación de los efectos depende de los criterios de éxito que se aceptan. Si las metas prioritarias son el control de la inflación y un presupuesto fiscal equilibrado, el aumento del desempleo puede considerarse como un efecto que, siendo negativo, no invalida el curso adoptado. Sin embargo, hay límites en esta aceptación de costos. Cuando la reacción negativa frente a los efectos de la política es casi universal -y esto es justamente lo que ha venido sucediendo en Chile-, es ya muy difícil hablar de costos puesto que casi todo es costo, y más difícil aún que el gobierno siga apoyando a los artífices de la política en cuestión.

Lo extraordinario del caso chileno es la violación flagrante de ambas reglas del sentido común tecnocrático. En un principio, era la perplejidad frente a un doctrinarismo del que estaba ausente un mínimo de sentido de realidad. Posteriormente, el asombro ante la pertinacia de una política, resentida aún por el sector financiero y los grandes grupos económicos.

En diversos círculos de las ciencias sociales, el advenimiento de los gobiernos autoritarios característicos de las naciones del cono sur del continente, ha sido interpretado en términos de readecuaciones del capitalismo exigidas por el movimiento del sistema económico mundial. Los así llamados regímenes burocrático-autoritarios cumplirían un con-

junto de funciones objetivas, asociadas con nuevas etapas de acumulación capitalista.

Sin duda, estas interpretaciones contribuyen con un principio explicativo valioso, uno de los méritos que hay que destacar en trabajos pioneros como los debidos a Guillermo O'Donnell^{1/}. Pero ellas no agotan el espectro de cuestiones que estos desarrollos plantean.

Por una parte, queda sin resolver el problema de las mediaciones -políticas, ideológicas y sociales- que van desde esos nuevos requerimientos, objetivamente impuestos por desplazamientos estructurales, hasta fenómenos provistos de una gran especificidad nacional e histórica.

Por otra parte, hay diferencias entre los distintos regímenes burocrático-autoritarios. Ciertamente, es común a todos ellos el inaugurar y consolidar un cierto tipo de capitalismo. Pero lo que resulta en definitiva de la acción estatal es bastante distinto en un caso y en otro. Brasil comparte con Argentina, Uruguay y Chile una orientación básica : los principios de la iniciativa privada y de subsidiariedad estatal. Pero probablemente las semejanzas acaban allí. En este sentido, el caso chileno es tan extremo como para representar algo cualitativamente distinto. Comparado con sus congéneres latinoamericanos, o con los Estados Unidos de Reagan o la Inglaterra de la señora Thatcher, es

casi una caricatura. Un ejemplo de laboratorio, un caso químicamente puro de aplicación de doctrinas neoliberales.

Cómo explicar entonces esa peculiaridad nacional? En el nivel de los hechos históricos patentes, es claro que una buena parte de la responsabilidad en lo que ha sucedido hay que atribuirlo a la formación, en la Escuela de Economía de la Universidad Católica de Chile, de un grupo académico y tecnocrático de orientaciones predominantemente neoliberales, en virtud de un convenio con la Universidad de Chicago. Muchos de ellos finalizaron su formación en Chicago.

No obstante, hacia principios de la década pasada se trataba de una corriente de pensamiento francamente marginal, que mal podía disputar el notorio dominio de desarrollos teóricos influídos por el Keynesianismo, el desarrollismo y versiones criollas de un pensamiento económico marxista.

Sin su íntima asociación con el gobierno autoritario, el neoliberalismo jamás habría alcanzado el éxito que ha tenido. El autoritarismo ha sido una condición necesaria del auge y predominio neoliberales, pero no existían, por lo menos en el comienzo, circunstancias que hicieran fatal -en el nivel de los hechos patentemente aparentes- esa ínti-

ma asociación. Qué explica, en consecuencia, ese éxito político de la ortodoxia neoliberal, esa capacidad para transformarse en ortodoxia absolutamente predominante, y llegar aún al extremo de forzar el autoritarismo a confundir sus destinos, pasando por sobre costos políticos y sociales evidentes?

La tesis de estas notas es que el éxito político de la ortodoxia neoliberal chilena se explica precisamente por su naturaleza dogmática. De haberse tratado de una corriente de pensamiento más flexible, más ecléctica y pragmática, y menos fundamentalista, no habría constituido una respuesta adecuada a las exigencias que planteaba la situación tanto de los grupos estrictamente dominantes como de grupos sociales bastante extensos, que no cabría calificar de dominantes en un sentido estricto.

A la vez, se sostiene que esas exigencias, determinadas principalmente por la evolución político-económica doméstica, y sólo indirectamente -y de manera muy mediatizada- por la situación internacional, son exigencias de naturaleza político-ideológica, y mucho menos imperativos propiamente económicos.

Ciertamente, la acción del neoliberalismo, que pese a sus reveses ha devenido en una concepción relativamente hegemónica en Chile, ha influido primordialmente en la instauración de

un orden, que si bien es económico también lo es socio-cultural y, quizás, político.⁷ Pero, se afirma en estas notas, no son los rasgos de este orden, exigidos por otros factores, los que explican el éxito neoliberal. Por el contrario, es el neoliberalismo mismo el que da cuenta de esos rasgos, y el éxito del neoliberalismo hay que encontrarlo en necesidades profundas -ideológicas y políticas- de grupos sociales estratégicamente situados^{2/}.

II. CRISIS DE HEGEMONIA

Cuando Gramsci escribía sobre hegemonía, utilizaba la noción para contraponerla a los fenómenos de dominación directa o de comando, ejercidos a través de el estado y el gobierno "jurídico".

Así, la hegemonía residía en un consenso "espontáneo" dado por las grandes masas de la población a la dirección general que imprime sobre la vida social el grupo dominante fundamental^{3/}.

De manera sintética, puede decirse que hay hegemonía cuando la sociedad está provista de una dirección moral e intelectual, que goza de una legitimidad ampliamente difundida y que, en consecuencia, es aceptada como natural por la gran mayoría.

La historia política chilena podría interpretarse, en el período que va desde la década de los treinta hasta fines de la década de los sesenta, como reveladora de ese consenso "espontáneo" que Gramsci ve en la base de la existencia de una hegemonía social.

En efecto, el ethos democrático, asociado a las instituciones democráticas y a la operación del "estado de compromiso" chileno, podría concebirse precisamente como una dirección

general, tanto moral como intelectual, cuyos hipotéticos agentes no costaría demasiado identificar : sectores sociales, tanto medios como populares; partidos políticos; instituciones educativas con un fuerte compromiso cívico, etc.

No obstante, la evidencia disponible muestra que se trata de una interpretación fácil. No se trata sólo de que los desarrollos que se desencadenan a partir de 1964 exhiban contradicciones lo suficientemente profundas y explosivas como para ser compatibles con la idea de una dirección intelectual y moral consentida. El mismo sistema política presenta características excluyentes hasta la década de los sesenta. Recién en 1963 la democracia adquiere un carácter masivo.

Frente a la noción de una sociedad provista de una hegemonía social, que residiría en un ethos democrático íntimamente vinculado a un emergente estado keynesiano de bienestar, se puede alzar con toda plausibilidad una imagen muy distinta : la de una sociedad profundamente fragmentada, compuesta de ghettos socio-culturales y políticos, relacionados contradictoriamente entre sí, y donde no hay un grupo social, o una coalición permanente de grupos, capaz de imprimir a la vida social una dirección general, que supere los ghettos y los clivajes socio-culturales.

Para esa imagen, el sistema político -y, más en general, el "estado de compromiso"- habría constituido sólo un mecanismo de negociación, desde posiciones de poder, que pudo permanecer mientras no enfrentara contradicciones decisivas, cuyo desenlace pusiera en peligro las bases de existencia social de grupos determinados. La movilización campesina, a partir de los procesos de reforma agraria, y la amenaza general de expropiación que se cierne sobre agricultores, empresarios, comerciantes, y diversos sectores de servicios a partir de 1970, tuvieron justamente ese efecto.

La tesis de la ausencia de una hegemonía social ha sido defendida recientemente por un historiador conservador, Gonzalo Vial^{4/}, de manera brillante y persuasiva.

Según Vial, la sociedad decimonónica posterior a la independencia muestra una hegemonía social, basada en el catolicismo tradicional heredado de la colonia. Ese catolicismo, en cuanto principio de dirección general de la sociedad, hace crisis con las luchas religiosas, cuyo eco se percibe hasta bien entrado el presente siglo, y de principio de hegemonía se convierte en fundamento de una sub-cultura católica, progresivamente aislada.

Esta crisis de hegemonía social afecta profundamente al grupo dominante, que es el agente y portador de esa hegemonía:

la oligarquía. Privada de una dirección moral e intelectual, no ya para la sociedad, sino para sí misma, es incapaz de enfrentar las movilizaciones sociales, tanto populares como de sectores medios, que trae consigo el presente siglo. Frente a ellas, su respuesta permanente es primordialmente represiva.

Sin embargo, el ocaso del poder oligárquico -fechado usualmente hacia 1925- condujo a un vacío, en cuanto a hegemonía, que nadie pudo o supo llenar. No es que no hayan existido actores o principios que han competido por una dirección general, intelectual y moral, de la sociedad. El catolicismo tradicional experimentó una larga evolución que, apoyada en la doctrina social de la Iglesia, culminó en el fenómeno demócrata cristiano de los años sesenta. El ascenso de los sectores medios, que es la dominante en todo el período -no sin razón se habla de él como mesocrático-, se asocia a la difusión de un positivismo evolucionista, con diversas expresiones ideológicas y políticas, que alcanza un impacto importante en el sistema educacional y que es un elemento fundante en la visión de un estado keynesiano de bienestar. Los procesos de modernización económica y de industrialización traen consigo nuevos grupos dominados que, en interacción con segmentos de intelligentzia, terminan por constituir una izquierda políticamente poderosa y con una relativa coherencia ideológica de raíces marxistas.

Pero de la competencia entre agentes y principios no emergió una nueva hegemonía social. De hecho, el advenimiento del autoritarismo en 1973 liquidó los posibles procesos de constitución de hegemonía que estaban en curso, y él mismo enfrentó lo que podría llamarse de vacío hegemónico.

Lo interesante de la tesis de Vial, dando por descontado que encierra importantes elementos de verdad, es que ella refleja no sólo la pobreza ideológica objetiva de la nueva derecha chilena, sino también una carencia o déficit subjetivamente sentido de las capas intelectuales de esa nueva derecha.

En efecto, a partir de 1925, los fenómenos de descomposición oligárquica y de ascenso de los sectores medios fueron configurando un nuevo establishment, que incorpora tanto elementos oligárquicos como componentes mesocráticos -con origen en sectores medios- a través de procesos de movilidad social, agregación y cooptación. Frente a la vieja oligarquía, es un establishment mucho más inclusivo, pero a la vez más heterogéneo. Su identidad colectiva es una adquisición tardía, y presumiblemente ha sido forzada por los procesos de movilización social y de amenaza de expropiación desencadenados a partir de 1964. Precisamente por ello, este nuevo establishment -o, en rigor, su germen- vivió a la sombra de expresiones políticas e ideológicas "prestadas". Es decir, prestadas porque al final no podían ser compatibles con su consolidación

definitiva como grupo dominante. Se nutrió y creció al amparo de las ideologías y políticas del radicalismo, de la democracia cristiana y aún de la propia izquierda.

El hecho de que la carencia implicada por la crisis de hegemonía afectara especialmente a la posibilidad de un nuevo establishment, es algo que comenzó a ser teorizado muy tempranamente por el pensamiento político conservador del presente siglo, mediante la elaboración de la idea de decadencia nacional^{5/}. Este pensamiento, que tiene sus raíces en el catolicismo tradicional, no fue capaz sin embargo de ofrecer una alternativa adecuada a los tiempos. El ideal portaliano de estado impersonal y fuerte, y de función pública entendida como vocación, que es la dimensión positiva de ese conservantismo primariamente crítico, es redundante en una sociedad que resolvió muy tempranamente el problema de la constitución del estado nacional, y cuyas estructuras político-administrativas son altamente modernas.

De esta manera, el advenimiento del autoritarismo planteó el problema de una dirección intelectual y moral para la sociedad. El nuevo establishment se caracteriza por fuertes lealtades con el autoritarismo, pero esa identificación no es suficiente. Lo que se requiere es un cuerpo de ideología coherente, apto no sólo para operar como factor interno de cohesión, sino también para presentar a la sociedad,

de manera general y universal, los intereses de ese nuevo establishment.

A partir del diagnóstico de crisis de hegemonía que expresamente o tácitamente hacía la nueva derecha, los candidatos para llenar ese hueco eran pocos. Por una parte, estaba la doctrina de la seguridad nacional. No obstante su claro impacto en los primeros años de gobierno autoritario, se trata de un cuerpo doctrinario cuya naturaleza es esencialmente defensiva y cuyos contenidos, en relación con las posibilidades de órdenes sociales alternativos, son altamente inespecíficos. En el fondo, puede ser compatible con visiones estatistas y desarrollistas, y con imágenes de orden social con connotaciones populistas o de reforma social clásica. Aquí, ronda el fantasma de fenómenos como el peronismo o el velasquismo peruano.

Por otra parte, estaba la vía de intentar restaurar un catolicismo tradicional, cercano al integrismo. Ello enfrenta una dificultad seria : el catolicismo no es un principio de identidad del nuevo establishment.. Por el contrario, incluye segmentos importantes formados a la sombra de corrientes laicizistas. Pero, en todo caso, se trata de una opción puramente teórica. El catolicismo chileno no sólo es post conciliar. A partir de su íntima vinculación con el movimiento demócrata cristiano de los años sesenta, y pos-

teriormente de su reconocimiento expreso de la opción preferencial por los pobres como principio fundamental de política, es un catolicismo socialmente reformista. Al cabo de un corto tiempo, pasó a ser, apoyándose en la reivindicación por derechos humanos, la única oposición institucionalizada al régimen autoritario. Así, se alienó en una medida importante a la nueva derecha, y viciversa.

En estas condiciones, el neoliberalismo enfrentaba un camino relativamente despejado. En buena medida, su éxito inicial se explica porque sus cuadros académicos y tecnocráticos ofrecían fórmulas de conducción económica que, además de novedosas respecto de lo que se había venido poniendo en práctica desde fines de los años treinta, expresaban de una manera singularmente clara y coherente las inquietudes y anhelos de la nueva derecha social. Principalmente, la revalorización de la propiedad privada y de la iniciativa privada en la vida económica. Ello da cuenta de la extraordinaria resonancia que sus ideas consiguieron desde un primer momento.

Pero ese neoliberalismo no se restringe a una visión estrecha, que se agota en fórmulas de conducción económica o proposiciones de política económica. El monetarismo, quizás su faz más conocida en aquellas sociedades donde la arremetida neoliberal es de menos proporciones, es sólo un aspecto. En el estado de elaboración en que se encontraba en 1973

constituía ya una verdadera concepción del mundo, que contenía proposiciones y juicios acerca de la economía, el estado, la política, la historiografía, etc.^{6/}. Ni siquiera carecía de fundamentos epistemológicos o, más en general, filosóficos, según lo atestiguan obras como las de Hayek o Michael Polanyi. El paneconomicismo que se advierte en un Tullock o en un Becker pueden mover a risa, pero aún siendo versiones relativamente caricaturescas de la especie original, reflejan adecuadamente ese espíritu totalizante.

De esta manera, el neoliberalismo de la nueva tecnocracia asociada al autoritarismo, además de fórmulas de política económica, proporciona una interpretación general de la historia, un diagnóstico de la situación presente y pasada, un programa de construcción de un orden social, económico y político, y una justificación, basada en proposiciones de supuesta validez universal, de ese orden programado.

En ese sentido, el neoliberalismo se percibe a sí mismo como una alternativa de dirección intelectual y moral para la sociedad en general. En el caso chileno, llena el vacío de hegemonía social, ya diagnosticado por el pensamiento y la historiografía conservadores. En términos de eficacia histórica lo que importa es esa percepción que el neoliberalismo tiene de sí mismo, y las expectativas que ha conformado respecto de su rol histórico.

En consecuencia, obra con una lógica adecuada a esa percepción y a esas expectativas. Aquí reside la diferencia básica con el tecnocratismo keynesiano. Para estos últimos, el criterio de aproximación a la economía es siempre pragmático. Se trata de dar respuestas parciales a problemas relativamente circunscritos. En estos intentos de respuesta cabe el ensayo y el error, y se puede ser considerablemente flexible atendiendo a la reacción política y social que las políticas suscitan. Para el tecnocratismo neoliberal, lo que está en juego es una concepción del mundo, y por eso su lógica y su psico-lógica están mucho más cerca a las del creyente auténtico (true believer) o a las del reformador religioso, que a la de un ingeniero social.

Ciertamente, la política económica es un elemento básico en la empresa de los neoliberales. En gran medida, es el vehículo histórico para la iniciación del programa de un nuevo orden. El éxito de la política económica, de acuerdo a los criterios de éxito que el propio programa establece, es la garantía política para el proyecto de la nueva hegemonía social.

Pero esa política económica hay que entenderla referida a ese proyecto de dirigir intelectualmente y moralmente a la sociedad. Si se quieren interpretar adecuadamente los rasgos de esa política en su desarrollo histórico —específicamente, su dogmatismo—, esa referencia es un elemento

clave. La mentalidad del tecnocratismo neoliberal es análoga a la del reformador social visionarios o a la del revolucionario. Poseedor de una verdad total sobre la sociedad, que trata de poner en obra, enfrentará, asociado a la fuerza, las resistencias y opacidades que la sociedad opone, hasta vencerlas o hasta perder los favores del poder.

Similarmente al Haced justicia, así perezca el mundo, el neoliberalismo se comporta como si su consigna fuera Construíd el mercado, así perezca la sociedad. Es razonable exigir otra postura, cuando lo que está en juego es nada menos que la dirección intelectual y moral de la sociedad?

III. REVOLUCION DESDE ARRIBA

Se ha discutido sobre la naturaleza del autoritarismo chileno. Para algunos, es un autoritarismo defensivo^{7/}. Otros, han subrayado su carácter abiertamente revolucionario, orientado hacia una fundación capitalista, que supera el estrecho marco de una restauración^{8/}.

Indudablemente, hay en el autoritarismo chileno un componente defensivo. Pero ese componente se fusiona, de manera íntima, con un proyecto de transformación social que es lo suficientemente radical vis a vis el estado de cosas anterior, como para hablar de una auténtica revolución desde arriba. Ese proyecto de transformación se identifica con el programa neoliberal de construcción de un nuevo orden.

Para los fines de estas notas, interesa menos la envergadura que objetivamente ha caracterizado a las transformaciones acaecidas^{9/}, que el hecho de que la tecnocracia neoliberal se vea a sí misma como un agente de transformaciones de naturaleza revolucionaria.

El espíritu neoliberal inspira y permea el conjunto de transformaciones. Comenzando por la reestructuración política. No es gratuito que la nueva constitución política, plebiscitada a fines de 1980, haya sido llamada de constitu-

ción de la libertad, que es el título de una de las obras principales de Hayek. Y siguiendo con todo el resto de dimensiones de la vida social : relaciones laborales, previsión social, salud, educación, etc.

La nueva hegemonía social a que aspira el neoliberalismo va, entonces, bastante más allá de la mera difusión de un credo que justifica a posteriori ciertos principios institucionales básicos : propiedad privada, libertad de contratación, mercado. Esa hegemonía es sinónima con la instauración de un orden, es decir, con la puesta en marcha de un programa de edificación de instituciones.

Para la imagen clásica de cambio revolucionario, la teorización y especulación sobre las transformaciones es relativamente zaguera de esas transformaciones. En las revoluciones desde arriba, teorización y transformaciones van fusionadas. Por eso, las caracteriza una febril actividad de edificación institucional. Según la idea de Hayek, se orientan hacia un constructivismo social.

Paradójicamente, es ese constructivismo, que Hayek reprocha a los proyectos de planificación global y centralizada de una sociedad, uno de los rasgos distintivos de la acción neoliberal. Y a ese constructivismo escapan muy escasos dominios de la vida social. Históricamente, parece difícil

que las cosas pudieran haber sido de otra manera para el neoliberalismo. Al heredar una sociedad cuya organización económica estaba muy distante del ideal de economía de mercado preconizada, tenía que ser necesariamente constructivista. Su meta es la de una sociedad regida casi absolutamente por automatismos de mercado, pero el logro de esa meta -suponiendo que sea posible- pasa por un prolongado período de constructivismo social, que al fin de cuentas es lo históricamente vigente.

Entonces, no se trata sólo de que la tecnocracia neoliberal esté abierta a la misma crítica que el propio neoliberalismo hace a los socialismos : intentar construir un tipo de sociedad a partir de un blueprint de lo que esa sociedad debiera ser. En definitiva, la lógica por la que se rige -la mentalidad con que opera- es justamente esa : construye instituciones a partir de programas detallados, teóricamente especificados. Puesto en otro lenguaje, puede decirse que la tecnocracia neoliberal planifica cuidadosamente un tipo de sociedad que no existe en el presente, pero que intenta hacer existir.

Este constructivismo, que es parte importante de la aspiración a una nueva hegemonía social, refuerza considerablemente el dogmatismo del tecnocratismo neoliberal.

Según se señaló en la introducción, se tiene muchas

veces la impresión de que las políticas son una traducción directa a la acción de desarrollos teóricos esencialmente académicos o librescos, sin que se investigue la mayor o menor adecuación de esos desarrollos a la realidad existente.

Ello no es sino expresión del constructivismo ya referido. En la visión neoliberal, los desarrollos teóricos son mucho menos herramientas para la producción de conocimientos, y mucho más conjuntos de proposiciones con sentido programático. En definitiva, no se trata tanto de investigar una realidad, contrastando con ella unas determinadas proposiciones, sino más bien de imponer esas proposiciones a la realidad.

Pese a la tan alegada y manoseada neutralidad axiológica, para el neoliberalismo la teoría es principalmente fuente de sugerencias normativas. Ella contiene los blueprints para la transformación social, o los principios que permiten inferir esos blueprints.

En esas condiciones, no es de extrañar que las políticas puedan entrar en contradicción con la realidad. El proyecto neoliberal persigue someter a la casi totalidad de la sociedad a una regulación por mercados o cuasi mercados. Pero la sociedad heredada -la sociedad presente- está regida por lógicas distintas. Por ello, las contradicciones entre reali-

dad y políticas, más que posibles, son inevitables.

Esto también implica admitir, desde un comienzo, que las políticas aplicadas pueden estimular todo tipo de reacciones sociales adversas o negativas. Someter la sociedad a la lógica de mercados y cuasi mercados supone destruir un determinado equilibrio social general, configurado en términos de intereses y expectativas medianamente estables y, más que nada, inveteradas. Es decir, supone contar con un costo social subjetivo importante, que se expresará en inquietud y descontento.

Ello explica esa peculiar insensibilidad respecto de una razonable retroalimentación entre políticas y la amplia gama de grupos sociales a los que esas políticas afectan. La tecnocracia neoliberal no está intentando adaptar un modelo de sociedad a una realidad social a la que se le reconoce una considerable autonomía. Contrariamente, está intentando adaptar, apoyado en una considerable concentración de poder en el gobierno, la realidad social al modelo de sociedad preconizado.

Hay aquí una considerable diferencia con la típica tecnocracia Keynesiana o semi Keynesiana. Estas últimas se mueven en situaciones caracterizadas por escasos grados de libertad. Deben respetar un cúmulo de restricciones políticas, y parten

reconociendo una importante autonomía social. Lo que las gobierna es, por tanto, una lógica adaptativa, y no la lógica constructivista que inspira la acción neoliberal.

En los comienzos de la planificación soviética, durante la década de los veinte, se suscitó un intenso debate, que oponía a los defensores de dos principios fundamentales y alternativos para la orientación del esfuerzo planificador. El primer principio, denominado principio genético, enfatizaba la situación existente: fuerzas de mercado, escasez relativa de factores, tasas de retorno, rentabilidad, etc. Para sus defensores, la planificación se adaptaba a la situación. El segundo principio, llamado principio teleológico, reflejaba el deseo de transformar: cambiar el tamaño y las proporciones de la economía, maximizar el crecimiento, enfatizar una estrategia de desarrollo mucho más que una adaptación a las circunstancias^{10/}.

En los términos de ese debate, podría decirse que la actitud tecnocrática usual es geneticista. Lo característico de la tecnocracia neoliberal chilena es una actitud teleológica. Es por ello que su comportamiento aparece como desviado, casi irracional. Hay quienes han hablado de extravíos de la razón tecnocrática. Ello es así si se la juzga de acuerdo a lo que es el comportamiento tecnocrático más usual.

IV. Pero, en el fondo, lo que acontece es que se rige por una lógica que no es la usual. Una vez que se ha entendido ésto, su conducta aparece como perfectamente racional. La paradoja reside en que se trata de una racionalidad que en la experiencia latinoamericana -y quizás aún más universalmente- se asocia con tecnocracias impulsoras de "revoluciones de izquierda". Que se asocie con una "tecnocracia de derecha", es algo mucho menos frecuente y, por lo tanto, inesperado.

IV. EL COMPONENTE DEFENSIVO

En el origen del autoritarismo chileno hay un fuerte componente defensivo. La amenaza de expropiación y la virtual expropiación que afectó a grupos sociales diversos es un elemento fundamental para comprender el sentido global del autoritarismo. El recuerdo de esa amenaza sigue siendo socialmente eficaz y colorea el total de las acciones y políticas emprendidas a través de los años, como también reacciones, de otro modo inexplicables, en los grupos sociales leales al gobierno autoritario.

Según se señaló, este componente defensivo obró como factor catalítico -como principio de identidad- en el aglutamiento y cohesionamiento de la nueva derecha social. Ella y el nuevo establishment tienen su origen primordialmente en una negación de un determinado estado de cosas. El programa neoliberal muestra, en su discurso justificatorio, ese origen de manera clara.

Ciertamente, hay un momento positivo en la justificación que el neoliberalismo hace de sí mismo. En la sociedad neoliberal, dicen sus defensores, el valor de la libertad individual se realiza plenamente, o por lo menos se realiza mejor que en otros tipos de sociedad. El neoliberalismo afirma entonces que el sistema de vida que propugna es la vida

buenas -la vita beata-, y así, al revalorizar la propiedad privada y la iniciativa privada bajo esta luz, devuelve a los grupos sociales que habían estado amenazados de expropiación su autoestima, justificando radicalmente las bases de su existencia social.

Pero esta faz positiva de la ideología está irremediablemente contaminada por sus orígenes negativos. Aún al afirmar su concepción de la libertad individual, ella está, de una manera muy inmediata y explícita, refiriéndola a un conjunto de situaciones históricas que la negaban. El programa neoliberal construye instituciones, pero el sentido último de esa construcción es el de remover -o destruir- una institucionalidad previa que sofocaba y llegaba hasta aniquilar la libertad individual.

Es posible que toda reacción neoliberal, en cuanto ideología de las dificultades de un capitalismo tardío, íntimamente fusionada con el Welfare State y las políticas Keynesianas, tenga necesariamente esa connotación negativa. De hecho, el concepto de libertad de la filosofía neoliberal es eminentemente negativo^{11/}. Pero en el caso chileno ese sesgo teórico original se refuerza considerablemente por las circunstancias históricas que rodean su ascenso.

La especificidad histórica del componente defensivo se

expresa en el diagnóstico que hace el neoliberalismo de la evolución de Chile a partir de la década de los treinta. Son los cuarenta años de socialismo estatizante, al decir de la jerga neoliberal, que culminaron en el trieno 1970-1973.

Según los liberales, el proceso secular de creciente intervencionismo estatal y de estatización de la economía no es el producto de un proyecto coherente de socialización, sino el resultado de un proceso acumulativo de cambios, que originados en puntos de vista parciales y diversos, y muchas veces fruto de coyunturas altamente específicas, tenía que conducir necesariamente a la aniquilación de toda libertad económica.

Para este diagnóstico, el pecado original reside en la adopción, durante la cuarta década del siglo, de un esquema de desarrollo basado en la sustitución de importaciones y en el proteccionismo a diversas actividades productivas nacionales.

Esa política, que se mantuvo en lo esencial hasta comienzos de los años setenta, no podía dejar de involucrar crecientemente al estado en la actividad productiva y económica en general, y hacer depender a ésta, no ya de una regulación o lógica propiamente económica -es decir, los automatismos de mercado-, sino de una regulación político-administrativa o abiertamente política.

En consecuencia, no existen intervencionismos estatales buenos e intervencionismos malos. Todo intervencionismo implica comenzar a deslizarse por una pendiente que, inexorablemente, llevará a una situación en que, por la pérdida de funcionalidad de la iniciativa privada y la consiguiente deslegitimación de la propiedad privada y los grupos vinculados a ella, estarán maduras las condiciones para que se expropié definitivamente a esos grupos.

En el fondo, es un argumento similar al que se ha invocado por varios para explicar la decadencia de la nobleza feudal. Según esa explicación, la nobleza feudal basaba su dominación en el hecho de que aparecía cumpliendo ante las otras clases una función social : el mantenimiento de un cierto grado de paz y orden. El desempeño de esa función descansaba en el claro predominio de ciertas técnicas y elementos bélicos : el predominio de la caballería. Al innovarse las técnicas bélicas -por ejemplo, la aparición de armas de fuego-, el monopolio de la fuerza por la nobleza feudal dejó de existir, y con él toda una clase social, al dejar de desempeñar la función que la legitimaba, perdió ante las restantes clases su razón social de ser.

Similarmente, argumenta el neoliberalismo, la intervención estatal, por bien intencionada que sea, desencadena un proceso mediante el cual las decisiones económicas privadas

van siendo sístituídas por decisiones públicas -burocráticas o políticas-, de manera tal que finalmente los grupos propietarios no son más que un conjunto de figuras decorativas, que no cumplen ninguna función social, enteramente carentes de legitimidad.

Los argumentos contra todo tipo de intervencionismo, recién esbozados, han sido reiterados una y otra vez, incansablemente y machaconamente, por la tecnocracia neoliberal. Frente a cualquier intento de intervencionismo, o frente a oportunidades y coyunturas en que las medidas intervencionistas parecen casi naturales, el neoliberalismo reafirma dogmáticamente sus principios doctrinarios, evoca su diagnóstico de los cuarenta años de estatismo socializante y el resultado a que condujeron, y rechaza las medidas intervencionistas.

Este dogmatismo se acentuó considerablemente a partir del segundo semestre de 1981, cuando los efectos de la recesión comenzaron a sentirse con toda intensidad. Frente a la situación recesiva, las demandas de los distintos sectores poseen un denominador común : la necesidad de intervención estatal. Hay demanda de políticas de creación de empleo por los asalariados, de aumento de la demanda efectiva por los comerciantes, de créditos blandos y políticas de precio por los agricultores, de mayores aranceles por el sector industrial.

En estas demandas no hay nada de inusitado, comparativamente con la realidad económica de otros países, latinoamericanos y no latinoamericanos. Nadie pone en cuestión la orientación primariamente capitalista escogida a partir de 1973. Son los típicos problemas de una situación recesiva a los que intenta responder el keynesianismo.

Sin embargo, la tecnocracia neoliberal rechaza una y otra vez esas demandas, reafirmando sus dogmas. A la luz de lo expuesto anteriormente, esa afirmación dogmática no es tan irracional como aparece a primera vista. Desde su punto de vista y en términos de sus juicios y supuestos, esa tecnocracia está en realidad desplegando una especie de racionalidad superior de clase, cuyos análisis trascienden los intereses coyunturales y particulares de cada sector.

Es probable que esa racionalidad de clase, coyunturalmente contradictoria con lo que usualmente se estima que es -o debiera ser- una racionalidad tecnocrática normal, haya echado algunas raíces, quizás no muy fuertes, en el sentido común de los grupos propietarios.

De otra manera, es difícil explicar que, frente a una situación económica catastrófica, las diversas demandas hayan guardado una intensidad relativamente baja respecto de lo que la situación haría predecir.

Por ejemplo, la situación de endeudamiento de la agricultura, frente a una contracción de la demanda, precios por debajo de su nivel histórico y estables, escasa inflación, altas tasas de interés y restricción crediticia, constituye sin duda una amenaza expropiatoria para un número importante de empresarios agrícolas, esta vez no por la vía de la decisión política sino a través de los procedimientos de la quiebra y la ejecución forzada.

No obstante, la reacción del empresariado agrícola ha estado teñida de una profunda ambigüedad, en la que se mezclan los temores e incertidumbres propios de la situación recesiva con inquietudes que atañen a las bases sociales de su existencia en cuanto clase.

Probablemente, parte importante de los propietarios agrícolas entienden que la amenaza expropiatoria que hoy se cierne sobre ellos es distinta de la que los afectó en el pasado. La situación recesiva, en ausencia de un paquete coherente de medidas de protección, puede liquidar individualmente a muchos propietarios. Pero no socava sus bases de existencia social, lo que quizás sí resultaría de una intervención estatal de envergadura, cuyos efectos acumulativos en el futuro podrían parecerse peligrosamente a las predicciones del diagnóstico neoliberal. Como lo pone informalmente más de un propietario, puede que aquí esté en juego la subsistencia de un estilo de vida, más allá de intereses

individuales. Esta actitud, quizás bastante difundida, constituye un capital político, que puede no agotarse en mucho tiempo.

Ciertamente, como se señaló al comienzo, el cambio ministerial de abril de 1982 parece indicar que la tecnocracia neoliberal, con su dogmatismo, estiró la cuerda más allá de lo razonable.

Independientemente de los desarrollos que puedan tener lugar en el futuro, es posible que el neoliberalismo haya cumplido con aquellas funciones que su dogmatismo aspiraba a desempeñar.

Según la primera de las hipótesis expuestas, la función principal residía en cimentar ideológicamente una nueva forma de dominación. No es demasiado audaz avanzar la proposición de que su acción ha logrado generar un nuevo sentido común capitalista, no sólo entre los grupos estrictamente dominantes, sino también en sectores sociales subordinados mucho más extensos. La difusión de ese sentido común puede llegar a producir en el futuro retoños insospechados.

De acuerdo a la segunda hipótesis considerada, esa producción de una nueva hegemonía social implica un vasto programa de construcción institucional. Baste con señalar aquí un solo ejemplo: la así llamada municipalización de

la educación básica y media. En realidad, se trata de una transferencia del sistema educacional al sector privado, para sujetarlo a la regulación de automatismos de mercado y cuasi mercado. En el horizonte nacional, ésta es una nueva institucionalidad, cuya permanencia y efectos futuros pueden ser profundos.

Finalmente, y en términos de la tercera y última hipótesis, el dogmatismo neoliberal perseguía, a través de la creación de una conciencia de los riesgos involucrados en la operación del estado de bienestar Keynesiano, contenciones y diques contra la acción estatal, continuamente reactivados por los grupos dominantes. Quizás resida aquí su mayor éxito. Para la nueva derecha y el nuevo establishment las experiencias asociadas al período que va desde 1964 a 1973 eran indicativas principalmente de la existencia de grupos y organizaciones en la sociedad cuya movilización podía llegar a constituirlos en peligros efectivos. Es responsabilidad exclusiva del neoliberalismo haberles demostrado que el estado es un instrumento con más de un filo.

V. CONCLUSION

La finalidad perseguida por estas notas reside en sentar algunas hipótesis, capaces de explicar un rasgo comúnmente observado en la política económica neoliberal aplicada en Chile los últimos años:

Más allá de lo que se ha avanzado en términos de esa finalidad específica, las reflexiones precedentes permiten también algunas inferencias más generales, que podrían ser útiles para analizar otras realidades, una de carácter metodológico y la otra sustantiva.

La primera dice relación con la necesidad de integrar al estudio de los fenómenos de conducción tecnocrática estatal de las economías nacionales aspectos ideológicos y políticos.

De acuerdo con una antigua tradición de las ciencias sociales, tal como se han practicado en América Latina, los desarrollos en esa conducción tecnocrática estatal usualmente se explican recurriendo a movimientos estructurales más o menos profunda, que a su vez se suponen determinados por movimientos de la economía mundial. El comportamiento tecnocrático aparece así como algo meramente reflejo, donde la tecnocracia es un mero instrumento al servicio de tendencias históricas. Las coyunturas, ciclos y transformaciones de la

economía mundial exigen readecuaciones o transformaciones de la economía nacional, y la conducción tecnocrática pasa a ser una función ajustada a esos requisitos.

Este paradigma de análisis soslaya un hecho básico. Una tecnocracia es un agente o actor, provisto de una voluntad de adecuación o de transformación, voluntad que está referida tanto a un medio nacional -o interno- como a un medio internacional o externo.

En otras palabras, lejos de ser una materia inerte que responde mecánicamente a estímulos exteriores, una tecnocracia es un grupo dotado de un proyecto inteligente, que considera tanto sus propios intereses como intereses más inclusivos, radicados en otros grupos sociales.

En el intento de llevar adelante ese proyecto, un equipo tecnocrático enfrenta dos tipos de restricciones. Por una parte, están las restricciones impuestas por los movimientos de la economía y el sistema político internacionales. Por otra, hace frente, en la escena nacional, contendores con los que guarda relaciones antagónicas. Por ello, una tecnocracia siempre está forzada a hacer política, aún cuando disfrace su actividad bajo un manto de apoliticismo técnico.

En cuanto hacen política, las tecnocracias refieren nece-

sariamente sus comportamientos a horizontes, que siendo tecnocráticos -es decir, que implican una racionalidad instrumental macroeconómica-, son a la vez políticos e ideológicos. Un proyecto tecnocrático es siempre una mixtura, en grados diversos, de racionalidad instrumental macroeconómica, de referencias políticas y de dimensiones ideológicas:

Hay casos en que las determinaciones de los últimos tipos pueden ser tan dominantes como las primeras. En otros casos, las de naturaleza racional-instrumental pueden predominar hasta el extremo de oscurecer la acción de elementos ideológicos y políticos. No obstante, en ambas clases de situaciones el sentido efectivo de una conducción tecnocrática estatal de la economía sólo se puede desentrañar considerando tanto la racionalidad instrumental macroeconómica que la inspira como las determinaciones ideológicas y políticas.

De aquí entonces la conclusión de que los análisis propiamente económicos de estos fenómenos deberían complementarse con análisis que enfatizen dimensiones políticas e ideológicas. Idealmente, ambos tipos de análisis deberían integrarse.

La segunda inferencia de orden más general dice relación con la problematicidad del vínculo entre grupos dominantes y estado.

Hay autores que han destacado cómo las burguesías contemporáneas de estas latitudes parecen vaciadas de impulso para la lucha democrática^{12/}. Este antidemocratismo tiene sus raíces tanto en memorias seculares -pese a la adaptación del capitalismo occidental a la democracia, ésta siempre ha sido sospechosa-, como en experiencias directas mucho más recientes.

Esa desconfianza de la democracia, sino se trata de un rechazo abierto, ha llevado a los grupos dominantes a centrar su atención en el estado. En palabras del autor recién citado^{13/}, las clases propietarias hablan hoy un lenguaje afín al estado, siempre que sea "competente" -es decir, siempre que asegure las condiciones de racionalidad formal y de dominación social sustancial para que la acumulación se expanda y réclaman el poder basadas en el supuesto de que son competentes.

No obstante, si bien el rechazo de la democracia tiene uno de sus fundamentos en el hecho de que su operación encierra precisamente el riesgo de privar al estado de esa "competencia", también es cierto que no hay garantías absolutas de que, en ausencia de democracia, el estado sea "competente".

En el fondo, todo depende de quién controla el estado, y de cuál es el signo de la tecnocracia que resulte triun-

fante y logre enseñorearse sobre el conjunto de sus aparatos. Rechazada la opción democrática, el agente privilegiado de control del estado son los militares. Pero existe algo así como un aprendizaje histórico de las burguesías -en términos de experiencias propias y, vicariamente, en términos de las experiencias de otros-, y ese aprendizaje arroja como lección que los militares son, no un brazo armado, sino un cuerpo armado. Poseen, entre otras cosas, una cabeza y una voluntad capaces de gran autonomía. Diversos fantasmas rondan a los grupos propietarios -velasquismo, peronismo, etc.-, y probablemente, a raíz de la militarización ministerial chilena de abril de 1982, esos fantasmas provocan más de un insomnio al nuevo establishment chileno.

La lucidez de la tecnocracia neoliberal chilena reside en haber tomado conciencia de que tanto democracia como estado encierran riesgos similares, y esta es una conclusión que, desde el punto de vista de los grupos propietarios, posee una validez que va más allá del caso chileno.

Pero desde el momento mismo en que el control sobre la conducción tecnocrática estatal de la economía y la sociedad se torna problemático, esos grupos enfrentan un callejón sin salida, o se ven forzados a entrar en un círculo vicioso difícil de romper.

En efecto, prescindiendo de las alternativas conspirativas -muy improbables, porque los militares desafectos lo son respecto de gobiernos que se han identificado justamente con una conducción tecnocrática de los grupos propietarios-, la única vía abierta es la de una democratización que permitiera reactivar el control perdido o amagado, con todos los riesgos efectivos que ello implica.

En esas condiciones, un desenlace altamente probable es el de una cuasi institucionalización del patrón de evolución política característico de países como Argentina. Es decir, una sucesión acelerada de gobiernos militares y civiles, con la correspondiente rotativa de equipos tecnocráticos. En esa situación, el estado deja de ser "competente", y los militares pierden la virtud huntingtoniana de imposición de orden^{14/}.

Paradójicamente, el rol histórico de agentes de la estabilidad política y orden económico podría trasladarse, como resultado de estos procesos, a los grupos sociales mayoritarios en la sociedad.

Santiago de Chile

Abril, 1982.

NOTAS

- 1/ Véase la bibliografía pertinente en The New Authoritarianism in Latin America, David Collier editor, Princeton University Press, 1979, págs. 405-443.
- 2/ Sobre la relación entre regímenes burocrático-autoritarios y sus relaciones con factores ideológicos, políticos, culturales y psicosociales, A.O. Hirschman, The turn to authoritarianism in Latin America and the search for its economic determinants, en The New Authoritarianism in Latin America, ob.cit., págs. 61-98.
- 3/ A.Gramsci, Selections from the Prison Notebooks, International Publishers, 1971, págs. 12 y sigs.
- 4/ Gonzalo Vial, Historia de Chile (1981-1973), Tomos I,II: La sociedad chilena en el cambio de siglo, Editorial Santillana, Santiago de Chile, 1981.
- 5/ C.Gazmuri, La idea de decadencia nacional y el pensamiento político conservador chileno en el siglo XX, en Estudios Sociales, Nº 28-29, Santiago de Chile, 1981.
- 6/ Se puede encontrar una visión general, aunque apologética, en H. Lepage, Mañana, el capitalismo, Alianza Editorial, 1979.
- 7/ R.Baño, Ruptura hegemónica : Argentina, Brasil y Chile en el autoritarismo defensivo, FLACSO-Programa Santiago de Chile, Documento de Trabajo, 1978.
- 8/ Véase, por ejemplo, M.A.Garretón, Modelo y proyecto políticos del régimen militar chileno, FLACSO-Programa Santiago de Chile, Documento de Trabajo Nº 125, 1981.
- 9/ Sobre el punto, por ejemplo, P. Vergara, Autoritarismo y cambios estructurales en Chile, FLACSO-Programa Santiago de Chile, Documento de Trabajo Nº 132, 1981.

- 10/ A. Nove, An economic history of the U.S.S.R, Pelican Books, 1978, pág. 132.
- 11/ El concepto de libertad negativa es originario de Isaiah Berlin. Véase I. Berlin, Dos conceptos de libertad, en Libertad y necesidad en la historia, Revista de Occidente, 1974.
- El tratamiento neoliberal ortodoxo se encuentra en Hayek; véase F.A. Hayek, The constitution of liberty, Routledge & Kegan, 1960.
- 12/ F.H. Cardoso, La democracia en las sociedades contemporáneas, en Crítica & Utopía, 6, Buenos Aires, 1982.
- 13/ F.H. Cardoso, ibid.
- 14/ Según la conocida tesis de Huntington, expuesta en S. Huntington, Political order in changing societies, Yale University Press, 1968.
- 15/ Véase, por ejemplo, F.A. Hayek, La ley, la libertad y el orden, en La ley, la libertad y el orden, F.A. Hayek, 1977.
- 16/ Véase, por ejemplo, F.A. Hayek, La ley, la libertad y el orden, F.A. Hayek, 1977.
- 17/ Véase, por ejemplo, F.A. Hayek, La ley, la libertad y el orden, F.A. Hayek, 1977.
- 18/ Véase, por ejemplo, F.A. Hayek, La ley, la libertad y el orden, F.A. Hayek, 1977.
- 19/ Véase, por ejemplo, F.A. Hayek, La ley, la libertad y el orden, F.A. Hayek, 1977.
- 20/ Véase, por ejemplo, F.A. Hayek, La ley, la libertad y el orden, F.A. Hayek, 1977.

Señor
Daniel Camacho
Secretario General
Apartado 5429
San José, Costa Rica
Teléfono 242991
Telex 2846
FLACSO CR

Señor
Jose Luis Reyna
Director a.l.
Sede Académica de México
Apartado 2021 México 20 DF
Teléfono 5686321-6453
Telex 1772150
FLACME

Señor
Gonzalo Abad
Director Sede Académica de Quito
Casilla 6362 CCI
Quito-Ecuador
Teléfono 452180-2155
Telex 2114

Señor
Jorge Feldman
Director a.l.
Programa de Buenos Aires
Casilla 145 sucursal 26
1426 Buenos Aires, Argentina
Teléfono 7710978
Telex 18937
FLACSAR

Señor
José Joaquín Brunner
Director Programa de Santiago-Chile
Casilla 3213-Correo Central Santiago
Teléfono 2257357-6955
Telex 001 ITT BOOTH CZ
FLACSO